



"La Nación" Buenos Aires  
10 noviembre 1920

6-330

# :: CAMBIO DE KUMBO ::

O. C. Tomo X

De MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACIÓN)  
SALAMANCA, septiembre de 1920.

Raro es el hombre que en la vida pública, sobre todo en la política, va a donde quiere ir, si no a donde le llevan. ¿Quién le lleva? Llámemosle, si queréis, el hado; mejor sería llamarle la historia. Ni hay quien pueda saber a dónde quiere ir. El camino se nos va mostrando según lo recorremos.

Acostumbro repetir, y esto desde hace años, que los jóvenes no tienen propiamente esperanzas, esperanzas concretas y definidas, ya que las esperanzas se construyen con material de recuerdos. El que no se ha hecho tradición propia no es fácil que tenga claro progreso. La historia nos da con la responsabilidad, la definición de nuestro destino. Y la historia política de su patria, de España, le está marcando al que hoy os dirige, lectores de LA NACIÓN, estas reflexiones, un poco sobrado abstractas, un sendero de acción pública del que hasta hoy se había apartado. Y es que no sirve querer mantenerse en el puro papel de un publicista, de un historiador de la actualidad o sea cronista, de un crítico.

¡Ah mi vieja afición a Leopardi! No hace mucho que en un semanario de la Villa y Corte de esta España, de Madrid, recordaba y comentaba aquellas palabras que el grande y torturado recanatense dirigía en 1826 a Juan Pedro Vienneseux, cuando éste le solicitaba para que escribiese en la "Antología", ejerciendo desde ella, como un "ermitaño de los Apeninos" la libre crítica. Y el solitario le contestaba: "Para que este buen ermitaño pudiese flagelar nuestras costumbres y nuestras instituciones convendría que, antes de retirarse a su ermita, hubiese vivido en el mundo y hubiese tenido parte no pequeña ni accidental en las cosas de la sociedad. Y no es este mi caso. Mi vida... ha sido siempre y será perpetuamente solitaria, aun en medio de la conversación... De esta manifestación y de este carácter nace, naturalmente, que los hombres son a mis ojos lo que son en la Naturaleza, esto es, una mínima parte del universo, y que mis relaciones con ellos y sus relaciones entre sí no me interesan nada, y que no interesándome, no les observo sino superficialísimamente. Esté, por lo tanto, cierto de que en la filosofía social soy yo, en todos respectos, un verdadero ignorante. Estoy, sin embargo, acostumbrado a observarme de continuo a mí mismo, esto es, al hombre en sí, y de igual modo sus relaciones con el resto de la Naturaleza, de las que, con toda

mi soledad, no puedo librarme. Tenga, pues, por constante que mi filosofía (si quiere honrarla con este nombre) no es de aquel género que se aprecia y es grato en este siglo; y aunque útil a mí mismo, porque me hace despreciar la vida y considerar todas las cosas como quimeras, y así me ayuda a soportar la existencia, no sé que pueda ser útil a la sociedad ni que convenga a quien debe escribir para un periódico".

Palabras estas de mi amado Leopardi que haría más si no fuese que siempre me ha interesado la historia viva, la del presente, más que le interesó a él y hasta como espectáculo. En la contemplación y en el juicio de esa historia he buscado siempre

y algunas veces he encontrado consuelo al sentimiento de la vanidad radical de todo lo humano. Y así he podido escribir para periódicos aunque siempre rehú lanzarme a la arena candente de las luchas políticas. En concreto, evité siempre ir a dar al Parlamento. Un sentimiento de selvática independencia me guiaba. Me debía a mi obra, y mi obra era otra. Mi obra era esto que estoy ahora aquí haciendo, mi obra era mi labor de crítica en todas las Españas, en todas las tierras en que se habla español, y aun fuera de ellas.

Pero ya el alud de la historia tormentosa y torrencial me va a hacer cambiar de rumbo. Y os lo digo, mis lectores de LA NACIÓN, con tristeza, con verdadera tristeza. ¿Quién sabe si un día tendré que interrumpir esta comunicación quincenal que con vosotros mantengo desde hace ya tantos años, desde hace toda la vida de un hombre! ¡Me era tan dulce, sentado en este sillón frailerío de mi cuarto de estudio, rodeado de mis libros, oliendo no pocas veces al tomillo de las sierras bravías que acababa de recorrer, henchido aún de aire de cumbre soleada, pensar para vosotros, teniéndoos presentes en espíritu! ¡Y cuántas veces no habréis acusado de misántropo a este solitario que os transmitía sus agrios juicios! Pues venís a tenerle al misántropo perdido entre los hombres. Perdido; esta es la palabra. A sus años va a tener que cambiar de rumbo.

Estalló la gran guerra en agosto de 1914 y poco después comenzó mi guerra también. A fines del mismo agosto de 1914 empecé a ser perseguido por el más alto poder público de mi patria. ¿Mi pecado? No lo sé; acaso andar erguido, sobre dos pies y no salirme del sendero de mi trabajo, de mi oficio público, para buscar coyunturas de oficiosos y excusados saludos. Y es que cuando para alguien el tiempo es oro no debe malgastarlo en ociosas etiquetas. La cortesía no es sino la degradación abyecta de la cortesía.

Aunque esto es un desahogo lírico — ¡perdonádmelo por esta vez! — no

Leopardi





quiero entreteneros con el relato de cómo se me invitó a una entrevista, se me dijo: "venga usted a verme y hablaremos", para darme luego con la puerta en los hocicos y sin que entre aquella invitación y este... genial capricho, mediase acto alguno o palabra alguna mía. Y luego se dirá lo de "¡palabra de rey!" Pero así dicen que las gastaba también el bisabuelo.

Con esto y con otras cosas acabáronseme de abrir los ojos y abrí la boca y grité en las plazas lo que en otro país y en otro tiempo habría podido decir a media voz a oídos que buscasen la verdad. Y durante la guerra me constituí en profeta de la verdad y solté el canto del gallo. Aquel canto lo recuerdan todavía aquí muchos. Y se me dejó gritar. ¿Qué remedio? Pero la persecución continuaba. Y consistía principalmente en mantenerme bajo el peso de una exoneración despótica, de razón secreta, en no declararme cuál fué mi pecado. Prueba de que no lo había habido.

Cuando todos callaban hablé yo y muy alto. En agosto de 1917 dejé oír palabras de agüero en medio del silencio. Y eso que entonces, a raíz de una sublevación, de una verdadera sublevación militar, cuando los encargados de guardar y garantizar el orden inauguraban la indisciplina sindicalista y la inauguraban para fines de propio provecho, entonces no había llegado aún mi patria a la di-

solución moral en que hoy se revuelve. Ahora este ex futuro viceimperio ibérico es ya un principado de Mónaco. La Real Compañía Arrendataria de la Timba Nacional lo domina todo. El juego en todas sus formas, el agio, la Bolsa, las más turbias combinaciones financieras, lo invaden todo. La preocupación desde el escano del labriego hasta el trono mismo, no es sino enriquecerse a costa del bien común. El materialismo histórico es la doctrina general.

Acaba de condenármese a diez y seis años de presidio por haber dicho en dos artículos, como en tantos otros que no se han atrevido a denunciar, la verdad, la pura verdad, por haber revelado vergüenzas de lo que durante la guerra se llamó neutralidad a todo trance y costa, y no fué tal. La condena es por supuestas injurias al rey de España.

Aquí conviene advertir que injuria, según nuestro código, es toda palabra proferida en menosprecio o descrédito de otro, y así lo mismo es injurioso llamarle a uno chisgaravis, botarate o mequetrefe que llamarle embustero, ladrón, asesino, vil, etc. y en el delito de lesa majestad no se admite grados. Como que antaño se le condenó a uno a ocho años de presidio por haber escrito "el polluelo Alfonso!"

Mas yo os aseguro que en ningún respecto he injuriado al rey en ninguno de esos artículos, que ni siquiera hay un epíteto despectivo para él en ninguno de ellos. Sólo ha dolido que revelara cuál fué su verdadera actitud durante la guerra y cómo se portó fiel al título que ostenta de archiduque de Austria, que según el protocolo lo es. La sentencia ha sido fruto de una venganza mujeril. Tengo motivos para creer que una alta dama ha hecho que se ejerza presión sobre el tribunal que me ha condenado y de cuyo fallo fué ponente, no ninguno de los magistrados que lo firmaron, sino el fiscal de S. M. Y el fallo fué acaso redactado en la Corte.

Buscábase indultarme; se me condenó para ser indultado. He recurrido al Supremo, aunque no creo mucho en su justificación. No puedo pasar por que me indulte, esto es, me perdone, aun sin yo pedirlo, quien nada tiene que perdonarme. ¡Yo a él sí!

¿Que así se entabla un duelo? Sea por mi España, no por mí.

Y lo siento, mis queridos lectores de LA NACION, lo siento de veras. He procurado no hablaros demasiado de las ponzoñosas menducías de nuestra poltiquilla. Se dice que los trapos sucios hay que lavarlos en casa. Ni me parecían muy interesantes los muñecos, los fantoches de nuestro tinglado. Y si hoy he roto mi consigna es porque sé que ha llegado a ésa el eco de mi condena y como ésta puede llegar a tener un valor más que personal, como puede llegar a ser símbolo de otras, como mi caso actual puede adquirir valor de generalidad, no he creído deber callarme. Y bien sabe Dios que de cierto exhibicionismo he huído siempre y que si hablo mucho de mí mismo, es, como decía Trueba, por ser el hombre que encuentro más a mano para ejemplificar mis doctrinas psicológicas. Porque puedo decir con Leopardi, que "mi vida ha sido siempre y será perpetuamente solitaria, aun en medio la conversación y el trato humanos". Y como él, como Leopardi, estoy acostumbrado a observarme de continuo a mí mismo, esto es al hombre en sí, y no en los otros. Pero me hacen cambiar de rumbo.

¡Quiera Dios que este cambio de rumbo en mi vida no me obligue a separarme de vosotros!

